

IdIHCS

Instituto de
Investigaciones en
**Humanidades y
Ciencias Sociales**



**Programa de Investigación Escolarización.
Perspectivas Históricas, Pedagógicas y Políticas
de la Educación**

Papeles de coyuntura

#10

Por **Alexandre Fernandez Vaz**

Universidade Federal de Santa Catarina

Núcleo de Estudos e Investigações Educação y Sociedad Contemporánea (UFSC/CNPq)



Educación y pandemia: notas desde Brasil

La vacunación en Brasil avanza de forma lenta, las muertes, aunque en menor número que en los grandes picos de meses atrás, siguen en ritmo inaceptable, y ya no se usa la abominable justificación de que el Covid-19 solo es letal para viejos y personas con comorbilidades. Justificar una muerte ya es de por sí absurdo, pero cuando eso se dirige hacia una supuesta debilidad de la víctima, nos damos cuenta del terror en el cual estamos sumergidos, desde que —o justamente por eso—, todo parece *normal*. Pero ni siquiera eso es posible, ya que la enfermedad ha afectado, algunas veces de manera mortal, a jóvenes, adultos e inclusive infantes.

Después de las aceleradas investigaciones que hicieron llegar las vacunas, puede decirse que el Covid-19 es un virus conocido, pero no del todo, ya que nuevas cepas siguen retrasando las esperanzas de días sin tapabocas y sin miedo de un enemigo invisible. ¿Enemigo? No, para nada. El virus no está contra nosotros, ya que ni siquiera piensa o actúa por voluntad propia, sino que funciona determinado por su estructura genética. Contra nosotros están la falta de políticas científicas y de salud pública adecuadas, así como de la estructuración de un cinturón de seguridad social y económica que pudiese evitar la ruina de pequeñas empresas y, principalmente, el desempleo y la aniquilación de posibilidades informales de trabajo.

Es dentro de ese cuadro que se ubica uno de los problemas más serios enfrentados durante la pandemia provocada por el coronavirus: la ausencia sistemática o perenne de alumnos y alumnas en las escuelas brasileñas. La discusión es compleja y se dispuso desde las primeras semanas de la crisis. De cualquier modo, se muestra, una vez más, la herida abierta que es el muro que separa la escolarización pública de la privada. Es tomando en cuenta esa separación que en la mayoría de las veces genera distinción, que hago las consideraciones que siguen. Antes, sin embargo, traigo un ejemplo de cómo las cosas se dan en términos de los sentidos que en Brasil son atribuidos a la escolarización de infancias y juventudes. Profesores y profesoras de las universidades públicas —que por regla general son de la mejor calidad de enseñanza, de investigación y de extensión, y que ofrecen las mejores condiciones de trabajo a la/os docentes— difícilmente matriculan a sus hijos en escuelas públicas. Si no consiguen vacante en los pocos y disputados colegios nacionales, la opción acaba siendo las escuelas privadas, con pedagogías modernas o alternativas, o confesionales, todas muy presentes en el sistema educativo brasileño. Otro indicador de ese mismo proceso de falta de confianza en la escuela pública es el hecho de que la opción familiar por una institución privada es uno de los marcadores más visibles de ascenso social, junto con la compra de automóviles (que compensaría el transporte público deficiente) y la asociación a un seguro de salud (que dispensaría al consumidor de frecuentar el sistema público de salud, visto como insuficiente).

Teniendo como ejemplo la provincia de São Paulo, la más poblada y económicamente más importante de la nación, las clases presenciales fueron autorizadas en septiembre del año pasado, pero con muchas restricciones, principalmente relacionadas con la tasa de ocupación de los espacios escolares. En el presente, cada escuela, pública o privada, puede decidir el número máximo de alumna/os que, al mismo tiempo, debe frecuentar cada aula, considerando que se exige, más allá de todas las medidas sanitarias de control, el distanciamiento de por lo menos un metro entre uno y otro escritorio. Puede haber, por lo tanto, un relevo entre estudiantes, de forma que en una semana un grupo va a la escuela, en cuanto el otro se queda en casa (o donde pueda permanecer), alternando la frecuencia en la semana siguiente.

De manera general, en Brasil aquellos y aquellas escolares que están matriculados en las escuelas privadas y se quedan en sus casas pueden acompañar las clases remotamente cuando son transmitidas sincrónicamente, lo que generalmente no acontece en las instituciones públicas. En éstas raramente hay transmisión simultánea de las clases, lo que obliga a que cada quien, cuando está en su casa, realice ejercicios en papel que, una vez concluidos, deben retornar a la escuela para su corrección. Las familias buscan así nuevas orientaciones y tareas para sus hijas/os. El largo tiempo sin ir a la escuela, que varió de lugar en lugar y que todavía hoy acontece en muchos rincones del país, trajo evidentemente un perjuicio que es incalculable, y cuyos efectos serán importantes y duraderos, además de, en gran medida, irreversibles.

Los diversos esfuerzos por compensar la ausencia en la escuela con actividades domésticas tienden a tener un efecto limitado. Hubo provincias que construyeron y disponibilizaron aplicativos para las actividades remotas en el inicio de la pandemia, pero, pasados algunos meses, centenas de miles de estudiantes no los habían consultado, o ni siquiera habían hecho el *download*. No se puede descuidar las dificultades muy grandes de acceso a internet en los hogares brasileros, en especial en las camadas populares. Si el uso de *smartphones* es relativamente diseminado –aunque lejos de ser unánime–, no lo es el acceso a datos móviles a gran escala. Se asocia esa dificultad a simple falta de equipamiento (un aparato celular, cuando se dispone, no es el soporte adecuado para tener a clases, leer un texto complejo, etcétera), o de acceder a éstos (no es raro que más de un miembro del hogar tenga que utilizarlo para el estudio o trabajo simultáneamente). Además, la vida en tiempo integral confinada en el interior de una casa, cuando es posible, es una máquina de destrucción de la salud mental.

Si ir para la escuela es un problema, dadas la falta de seguridad que eso supone, por más que los protocolos de salud sean cumplidos, también es problemático quedarse en casa y asistir a las clases virtuales remotas, o simplemente hacer las tareas sin la necesaria mediación docente y entregarlas para corrección al final de una semana. El hijo de un matrimonio conocido es el único en su clase, de una escuela tradicional católica de Florianópolis, que no ha ido a clases presenciales, lo que genera

una sensación de exclusión y abandono que no es fácil para un niño superar. Todo se agrava todavía más porque se trata de un niño que practicaba regularmente un deporte en contra turno escolar, lo que duplica la falta de socialización. La hija de un amigo, de 9 años de edad, pidió al padre volver a ir a la escuela que estaba porque, según expresó, está muy triste. El nieto de un matrimonio querido, niño en el inicio de la escolarización, está en su segundo año sin ir a la escuela pública, repitiendo en casa ejercicios de fácil resolución, sin haber avanzado en sus aprendizajes.

Esto no quiere decir que las clases presenciales deberían haber vuelto hace tiempo, pero sí que deberíamos haber tenido una política nacional de combate a la pandemia que pudiese ser, además de unificada y eficaz, lo suficientemente abarcativa para incluir a la educación. La ineficiencia del Ministerio de Salud, que desde que comenzó la crisis generada por la presencia del coronavirus, ya tuvo cuatro titulares diferentes, se asocia a la inanición educativa. El Ministerio de Educación repite que las clases presenciales deben volver, pero no presenta ningún programa que pueda permitirlo con seguridad. En parte, esa ausencia ministerial tiene relación el negacionismo que, durante muchos meses y que parcialmente perdura, fue marca del gobierno federal. Con una política más eficaz, entonces tal vez fuese posible discutir el retorno a las clases presenciales. No fue el caso.

Si la existencia del virus y su diseminación inicial estaban, de hecho, fuera de control de las autoridades de la nación, después de eso la ciencia siempre ofreció buenas alternativas para que los males pudiesen ser minimizados en su extensión y duración. El comportamiento del virus (si es que se puede emplear tal expresión para algo sobre el cual ni siquiera hay unanimidad en cuanto al hecho de ser un ser vivo) y su letalidad fueron siendo explicados por los científicos y, aunque persistan dudas, se sabe sobre éste. Se sabe, por lo tanto, enfrentar la situación.

En 1984 la socióloga Barbara Freitag publicó el libro *Sociedade e consciência: em estudo na favela e na escola* (Editoras Cortez e Autores Associados). Allí presenta los resultados de una investigación colectiva realizada en la segunda mitad de la década anterior, que muestra la importancia de los procesos de escolarización para el desarrollo de capacidades cognitivas y morales. Tales hallazgos fueron muy importantes en tiempos en que la escuela era muy vilipendiada, inclusive por sectores progresistas que defendían la desescolarización. Ella continúa siendo hoy blanco de todo tipo de ataques, especialmente de las escuelas públicas. Poca cosa es más importante que la escuela en un país como Brasil, de tantas desigualdades y escasez de recursos formativos. Pero, sin vida, no puede haber educación.